

## VIII

Desde pequeños los dos jugaban a princesas y caballeros, siendo ella la que ganaba todos los torneos. Siempre habían mantenido una bonita amistad, pero en aquella cena en el castillo, cuando él se acercó para pedirle un baile, sintió una extraña sensación. No podía evitar mirarla a los ojos. Ella sonreía mientras él le dio un nuevo pisotón.

-Lo siento, no puedo concentrarme en el baile. Estoy avergonzado.

Ella lo cogió del brazo y, sin decir ninguna palabra, le besó. Luego, le susurró al oído:

-¿Recuerdas que cuando jugábamos era yo, la princesa, la que terminaba rescatando al caballero? Sólo esperaba que me mirases a los ojos como lo has hecho esta noche. Te conozco y sé que te has enamorado de mí como yo lo estoy de ti. Y hoy he venido a rescatarte.

El sonrió y, puesto de rodillas, le respondió:

-Esta vez no siento tener que llevarte la razón. Necesito una dama que me salve de mis peligros. ¿Me concedes este baile?